

MONOLOGO CONFUSO



PENSO que la duda es el signo de que se ha llegado al uso de la razón. Dudo que semejante pensamiento sea verdadero, pero al menos me consuela del enjambre de dudas que me suelen aguijonear cada vez que comienza un nuevo curso.

Los altos responsables de la enseñanza oficial repiten la breve constelación de nobles objetivos, hacia los que debe enfilarse su proa la actividad docente: democratización, participación, alto nivel educativo. Y apenas entran por mis orejas tan maravillosos propósitos, se me levantan las dudas súbitas, estridentes como una bandada de pájaros espantados.

¿Democratización? Indudablemente es una exigencia económica, social, ética. Pero ¿cómo satisfacer esa exigencia? Leo lo de la política de becas y caigo en otra duda. Porque si atiendo a los datos científicos, constato que la desigualdad en la enseñanza es un mal con raíces muy hondas. La psicología educativa me dice que los primeros años del niño acumulan la capacidad básica de toda la educación posterior. Añade que esa capacidad tiene que desencadenarse bajo el estímulo del medio. Y la sociología concreta hasta qué punto ese medio está socialmente condicionado tanto en lo que respecta a la cantidad y calidad de los estímulos, cuanto en lo que se refiere al tipo de educación sancionado por las clases sociales dominantes.

Entonces, ¿qué pueden hacer ante eso unas becas? Los países superdesarrollados han hecho ya la experiencia. Se constata en Inglaterra que las bolsas de estudio no han hecho aumentar en los últimos veinte años la proporción de estudiantes procedentes del medio proletario. Otro tanto respecto a los negros en Estados Unidos. Cuanto a Suecia, a pesar de la extraordinaria elevación del nivel de vida, se comprobó que la proporción de estudiantes universitarios de cada clase social no cambió mucho entre 1910 y 1950. Nosotros, con un punto de partida socialmente más desfavorable, con un más alto índice de crecimiento demográfico y con menos medios económicos, ¿qué democratización podemos esperar de una política de becas?

¿Y aquello otro de la participación? Gran exigencia ésta también. Sólo que al concretarse se insiste en que debe moverse dentro de los fines académicos. Ahora bien, esos fines académicos deben subordinarse a los fines de la política oficial.

Pero en este caso ¿no se ve la Universidad despojada de su condición de conciencia de la sociedad y la sociedad actual de uno de los servicios que más urgentemente necesita? En el campo de la ciencia la Universidad rinde ya su aportación al progreso material y técnico con esa facilidad y casi inercia con que se transmiten esos que los antropólogos llaman «aspectos acumulativos de las culturas». ¿Pero qué destinación se dará a ese progreso material? ¿Cómo se integrará en un proyecto social y políticamente constructivo? Aquí habrá que interrogar a las ciencias humanas, a las ideologías. En este campo es donde se debe pedir a la Universidad que sea conciencia de la Sociedad. Pero ese campo se ve postergado, enclaustrado «in vitro académico», la función original de la Universidad se ve alterada, por no decir anulada.

POR otra parte, ¿cómo apartar a la Universidad de la participación plena en la tarea social y política, precisamente ahora que el Régimen se abre a la participación de todos los ciudadanos? ¿Hay aquí alguna armonía latente heraclitiana, alguna lógica oculta a los ojos acrílicos? Creo que me extravió en un dedalo de confusiones.

Finalmente, ¿qué exige una educación auténtica? En los cursos del Instituto de Ciencias de la Educación se nos ofrece una pista clara: no la tramitación rutinaria de unos contenidos, sino la capacitación para una sociedad cambiante. Pero tanta claridad me ciega y me zambulle en otra duda: ¿es el simple cambio un valor en sí, como para definir la educación? Creo que ya tenemos la suficiente experiencia histórica como para distinguir correctamente entre cambio y verdadero progreso, entre alteración provocada por fuerzas incontroladas, antisociales y desequilibrantes (y entonces habría que educar para no adaptarse a ese cambio) y una alteración controlada por y para la sociedad, que domina, crece, mejora.

Ahora bien, los objetivos enumerados en la forma concreta de su planteamiento, ¿apuntan realmente al verdadero progreso? Aquí salta otra duda bastante seria. Con todo, hay algo macizo y obvio, más fuerte que todas las dudas: la crisis de la educación es muy profunda, no se la puede solucionar con reformas periféricas. Ni siquiera se la puede disimular.